

**CORDOLIANI, S. (COMP.) (2013). PASAJE DE IDA. CARACAS: ALFA**

Reseñando por Mayra Salazar  
gams138@gmail.com

Incomprensión, desasosiego, cambios, ficción, memoria, sabor, lenguaje, negación, accidente, costumbre, fractura, abandono, atraso, pérdida, silencio, drama, síntoma, violencia, ira, miedo, angustia, humillaciones, muerte, comparación, pasado, herencia, portátil, extraño, extrañamiento, migrancia... Son palabras que usan los quince escritores que recopila el libro *Pasaje de ida* (2013) para justificar su estar en otro lado. Una obra concebida para reflexionar sobre la experiencia ¿literaria? de ver a Venezuela desde afuera.

La compiladora, Silda Cordoliani, presenta los textos –irónicamente– con la palabra «despedida»; explica cómo este término se ha convertido en parte de nuestra realidad. Para nadie es un secreto que la emigración es un fenómeno que ha crecido en los últimos veinte años, muchos se han ido en busca de nuevas oportunidades y de crecimiento personal; otros (nunca comparables en cantidad con los primeros) por amenazas políticas. Sin embargo, llama la atención que la mayoría de los escritores que aquí se presentan se definen como exiliados (con algunas excepciones, por supuesto).

Aunque la situación política venezolana de los últimos quince años no ha sido afable, tampoco ha obligado a los autores que allí escriben a irse; sus piezas así lo demuestran. Los textos cuentan cómo el desasosiego, la violencia, el desempleo, la curiosidad y las oportunidades han llevado a estos escritores a hacer maletas e irse a otras tierras. La organización de los trabajos se asemeja el estilo bíblico A. C. y D. C. (Antes de Chávez y Durante Chávez), tema que prevalece en el sentimiento de abandono impreso en los escritos. Aquellos que se han ido obligados por la situación social son más dramáticos en su lenguaje y narración, mientras que otros relatan la partida como un viaje más, una experiencia a la que están dispuestos a enfrentarse.

Miguel Gomes, Camilo Pino, Liliana Lara, Gregory Zambrano y Gustavo Valle forman parte de estos últimos. Escritores que han salido del país por proyectos personales o de formación profesional, no para huir de la situación sociopolítica. El primero de ellos examina las circunstancias presentando el exilio como una marca registrada, algo que está de moda; idea no muy alejada de la realidad y acorde con la estructura del libro. Gomes realiza un análisis semántico de las palabras «exilio», «diáspora» y «destierro», para atribuirse finalmente la «condición migrante» –expresión extraída de Carlos Pacheco y Víctor Carreño– (p. 27). Este término lo utiliza en un repaso sobre su vida personal mezclado con lo literario, contextualizando la *migrancia* y el exilio en las letras. Ejemplifica ambos términos con pequeños fragmentos tomados de la *Divina comedia* o del soneto tercero de Garcilaso, y con otras tantas referencias que nos señalan cómo se leen y escriben los relatos de «personajes que parten» (p. 28).

Camilo Pino salió de Caracas en 1999 con un negocio en mente: abrir una librería en Internet. Una empresa próspera en un principio que luego decayó por diversas razones, pero que le permitió asentarse en Miami, cultivar una familia y proyectar un plan de escritura. Se define como un inmigrante más «negado a aceptar su ciudad, que de alguna manera era lo mismo que no aceptarse a (...) [sí mismo]» (p. 43). Reconocerse en un espacio y componer textos desde otro ambiente, este autor comenta la experiencia de escribir con la cabeza en otra parte y asume que para hablar de un lugar no es necesario estar en él, basta con conocerlo. Su experiencia como narrador se acerca también a la de aquel que recorre diversos caminos para encontrar historias que puedan nutrir la propia.

«Dislocación»; bajo este término se define Liliana Lara en su texto. Esta palabra le permite estar fuera de «un orden sintáctico, semántico, geográfico, político» y hasta ortopédico (p. 92); representarse en un lugar que no le pertenece pero que se le hace cotidiano. Agrega: «Un escritor dislocado es un impostor, un contrabandista, un tramposo» (p. 93); narra desde un sitio universal, con múltiples tradiciones, nexos y nostalgias. Pienso –a partir de estas palabras– que un escritor estará siempre dislocado se halle o no en su patria. Igualmente, Lara realiza distinciones entre las palabras que definen su sello migratorio: «exilio» o «destierro» implica una añoranza que las comunicaciones y el Internet ya no permiten, mientras que la palabra «migración» le parece un término muy general. Concebir al mundo desde otra cultura que nada tiene que ver con la occidental le

ha cambiado la perspectiva al momento de escribir; por ello siente que su proceso se construye en «patrias imaginadas» (p. 91), lugares que solo existen en la ficción.

«Escribo desde la perspectiva del viajero» (p. 121), así se expresa Gregory Zambrano en su artículo «Las patrias circundantes», no desde aquel que ha roto el vínculo con el país de origen sino como alguien que quiere conocer el sitio que le acoge. Su viaje ha sido circunstancial y así asume la experiencia al momento de escribir esta crónica: la estadía en Japón le ha permitido asumir su responsabilidad como venezolano y latinoamericano. Reflexiona sobre el trabajo de autores que han sido verdaderos exiliados, como fue el caso de Mariano Picón Salas cuya obra es una de las pocas que ha sido traducida al japonés. Asimismo, aborda el tema editorial y de escritura, su preocupación no es solo por ser un venezolano en el extranjero, sino qué aporte o qué hace ese venezolano en tierras ajenas: ¿quizás como promotor cultural? Zambrano pareciera asumirse como tal, pero con el agregado de reciprocidad ante la cultura japonesa. Su experiencia es narrada como un viaje metafórico y literal.

Otro pasaporte con múltiples sellos es el de Gustavo Valle. «Laboratorios de extranjería» relata cómo su experiencia de tránsito se ha reflejado en su vida y en su experiencia como escritor. Esboza una definición de viajar y escribir tan similares que rozan la metonimia: «un traslado, una mudanza (...) un desplazamiento de ida y vuelta» (p. 111). Su laboratorio se inscribe desde dos experiencias: la primera, cuando viajó a Madrid reconstruyendo la Caracas idealizada por su memoria. La segunda, aquella que aún está experimentando: el baile dialectal al que se enfrenta con su hijo en Argentina. Ya no es sólo reconocer una ciudad dentro de otra, sino transmitir una identidad a alguien que nació allá pero que tiene raíces transplantadas. Escribir un libro desde otra tierra es como ese hijo al que se le transmite la identidad, «metabolizar» (p. 119) entre la realidad social y política venezolana y aquello que se experimenta desde afuera.

Las comunicaciones acortan distancias pero no logran que las heridas cicatricen más rápido; ahora quiero referirme a los autores que aún sangran por los motivos de su partida. En el discurso de estos autores se siente la rabia, la desesperanza y en algunos casos la razones de por qué abandonaron el país. Juan Carlos Méndez Guédez, aunque se haya ido en el período A. C. (así lo reseña la pequeña biografía que aparece al final del libro), no concibe a

Venezuela sino como «otro lugar» (p. 35), un sitio del que solo puede hablar desde la ficción sin que las emociones –tanto positivas como negativas– lo invadan. Reconstruir desde el verbo es la propuesta de Méndez Guédez; sin embargo, más allá de *comer* y de afirmar que «Venezuela está en su boca» (p. 39), ese verbo no se percibe en su texto.

La transformación del lenguaje es la arista desde donde aborda el problema de la migración Juan Carlos Chirinos. Un poco más cerca de la lingüística y de la escritura, este autor no encuentra su dialecto ni su hogar. «El hogar está donde uno regresa» (p. 53), pero en su caso siempre vuelve a Venezuela y a España, es un ir y venir continuo que le permite la ambigüedad lingüística. No obstante, afirma que de seguir así la situación socio-política venezolana lo que comenzó como una oportunidad de estudios se transformará «en una experiencia de exilio, pues ya no podría ir a mi Valera natal sin temer lo peor» (p. 52).

Abandonar Venezuela. En principio no lo reconoce, pero luego de unos cuantos párrafos Armando Luigi Castañeda admite haber abandonado al país por no coincidir con el modelo político que se venía construyendo. Analiza la constitución de las sociedades más allá de los discursos e ideas y reflexiona sobre cómo éstas son las que otorgan el carácter de ciudad mas no de patria. Este término es expuesto como un sistema ideológico, como si de algo malo se tratara. Luego de haber mencionado culturas disímiles, la voz narrativa recrea quince cuadros donde se describen situaciones tanto social como políticamente violentas y que de alguna manera botan al venezolano de su tierra.

En este mismo estilo de pequeños cuadros representativos se construye «Ráfagas» de Doménico Chiappe, quien además ilustra sus palabras con fotografías que deberían completar su narración, pero que sólo quedan como propósito. Otro de los relatos compuesto por fotografías es el de Verónica Jaffé, donde la autora intenta hacer una analogía entre Londres y Caracas, pero se dispersa en la representación de esta última, ya que la capital venezolana sólo existe en la memoria: lugar perforado por el miedo, la angustia y la ira. Su texto pretende transmitir algún tipo de consuelo al concluir: «porque no existe el final de la historia, y quedan ventanas por abrir. Para mi país, mi ciudad, mi gente» (p. 102). ¿Crónica de la descomposición? sus palabras parece justificar su partida, retratar las situaciones que la botaron de Venezuela.

Corina Michelena escribe desde la experiencia de ser descendiente de inmigrantes, acumula sus experiencias y narra desde la perspectiva de aquel que construye a través de su identidad la transformación de Venezuela. En la parte final de su texto deja asentada una posdata que comienza así: «La razón de mi exilio es de fuerza menor» (p. 109); este discurso es el mismo que usa Israel Centeno en «Refugio a la intemperie», presentado también en este libro, y al cual se refiere Gomes cuando habla del exilio como marca registrada.

Un artículo muy próximo a la idea del insilio es el que Blanca Strepponi presenta bajo el nombre «Quédese en casa y vea al país partir». El texto va más allá de la mera experiencia del que narra por qué se va a otro lugar, pues aquí se detalla el proceso que sufre el cuerpo y la mente cuando uno no congenia con lo que sucede alrededor. Es el país el que te abandona y nos deja pequeñas burbujas para sobrevivir como mejor se pueda.

Finalmente, el trabajo de Dinapera Di Donato retrata, desde la ficción, la vida del inmigrante; toma pequeños aspectos de la vida de su personaje y los exalta como experiencia del estar afuera: un silencio, una perspectiva... todo desde la representación.

Así pues, este libro compila distintas versiones de un mismo hecho: el éxodo venezolano que ha colmado Maiquetía en los últimos años y cómo –solo en algunos casos– se ha percibido en la literatura. Del mismo modo que el libro expone la visión apocalíptica de un antes y un durante Chávez, también podría separarse a los escritores que enfocan el fenómeno básicamente desde su manejo de las letras, de aquellos otros que prefirieron relatar su experiencia biográfica en relación con el país (la cual se reduce a una perspectiva sobre lo ocurrido en la política y en la sociedad venezolanas). La mitad de estos autores revelan en su discurso la sensación de haber sido echados del país, no sienten filiación con el ideario de la llamada «revolución del siglo XXI». Por otro lado, podríamos pensar que nos acercamos a un modo de representar este tiempo, pero solo desde determinado sector: ése que se refugia en el pasado, no en el imaginario sino en una continua reconstrucción de la memoria histórica.

La intención de reunir a creadores para que reflexionen sobre el país y su «quehacer literario» (p. 8) solo se cumple en algunos textos: aquellos donde el escritor asume que la escritura se basa en construir desde la ficción y que por más que el contexto social determine la

referencialidad, las obras no son documentos históricos sino una representación de una situación circunstancial. Por ello, es muy poco probable que el compendio sea considerado como una prueba colectiva de literatura del exilio; por el contrario, no sería extraño que en algún momento (¿cercano?, ¿lejano?) nos topemos con un *Pasaje de vuelta* en las librerías.